

DOMINGO 25 DEL TIEMPO ORDINARIO.*«¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?» —Mt 20, 15*

Las lecturas de este domingo forman una unidad articulada en torno a una única revelación que sigue siendo escandalosa después de veinte siglos: Dios no se rige por nuestros cálculos. Su bondad desborda toda lógica de mérito y recompensa.

- **Is 55, 6-9** → **Fundamento profético**: «Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos». Dios es rico en perdón y su lógica desborda la nuestra. Invitación a buscarle con urgencia y a dejarse sorprender por su manera de ser.
- **Sal 144** → **Eco orante**: «El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad... El Señor es bueno con todos». El retrato de Dios que aparece una y otra vez en el Tiempo Ordinario: un Dios que no cabe en nuestros esquemas de justicia distributiva.
- **Flp 1, 20c-24.27a** → **Fundamento cristológico**: «Para mí la vida es Cristo». Pablo, ante la posibilidad de la muerte, no teme ni calcula: vive y muere orientado a Cristo. El discípulo auténtico no lleva contabilidad de sus méritos sino que se entrega totalmente.
- **Mt 20, 1-16** → **Cumplimiento narrativo**: la parábola del dueño de la viña que sale cinco veces a contratar jornaleros y al final paga a todos lo mismo — el denario que la familia necesitaba para vivir. La protesta de los primeros y la pregunta que desarma: «¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?»

El hilo conductor es el contraste entre dos lógicas irreconciliables: la lógica del mérito — a cada uno según su trabajo, sus méritos, su rendimiento — y la lógica de la bondad gratuita de Dios — que responde a la necesidad de cada uno desde un corazón que desborda todo cálculo.

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. «Mis planes no son vuestros planes»: la trascendencia de la lógica de Dios (Isaías). El pasaje de Isaías 55 cierra la segunda parte del libro con una invitación urgente: «Buscad al Señor mientras se le puede encontrar». Y añade la razón que lo hace necesario: sus caminos no son los nuestros. La distancia entre los caminos de Dios y los nuestros es como la distancia entre el cielo y la tierra. Esta afirmación no es resignación agnóstica ante el misterio divino: es la apertura necesaria para recibir lo que Dios realmente es, sin reducirlo a nuestros esquemas. El pasaje está enmarcado en un contexto de perdón y misericordia: precisamente porque Dios es tan diferente de nosotros, puede ser «rico en perdón» de un modo que nosotros jamás lo seríamos.

2. «Para mí la vida es Cristo»: el discípulo que no lleva contabilidad (Filipenses). Pablo escribe desde la cárcel, ante la incertidumbre de si morirá o será liberado. Y su actitud es la opuesta a la de los jornaleros que calculan horas y méritos: no sabe qué preferir, porque en ambos casos Cristo es el horizonte. Vivir es trabajar por Cristo; morir es estar con Cristo. Esta indiferencia ante la vida y la muerte — no por estoicismo sino por amor — es el retrato del discípulo que no lleva contabilidad de sus méritos ni exige recompensas proporcionales. El cristiano auténtico no trabaja en la viña de Dios con mentalidad de jornalero sino con mentalidad de hijo.

3. La parábola del patrono que quería pan para todos. El texto complementario rescata una lectura renovada de la parábola: el protagonista no son los jornaleros quejosos sino el dueño de la viña que sale cinco veces — a las seis, a las nueve, al mediodía, a las tres, a las cinco — a contratar trabajadores. No parece urgido por la vendimia: lo que no quiere es que nadie se quede sin trabajo, sin el pan del día. Y al final paga a todos el denario — no el salario proporcional al tiempo trabajado sino lo que una familia campesina de Galilea necesitaba para sobrevivir esa noche. El criterio no es el rendimiento sino la necesidad. Esto es la lógica de Dios.

4. «¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?»: la pregunta que nos atrapa. La pregunta final del dueño de la viña es la clave de toda la parábola. No niega que los primeros hayan trabajado más. No cuestiona que hayan recibido lo pactado. Lo que rechaza es la actitud del corazón cerrado que no tolera la generosidad del otro. La envidia espiritual — el disgusto ante la bondad de Dios con los que «no se lo merecen» — es exactamente la actitud del hermano mayor de la

parábola del hijo pródigo, del fariseo que se escandaliza porque Jesús come con pecadores, de quien no puede imaginar un Dios más misericordioso que él mismo. La pregunta nos atrapa porque la respuesta honesta es incómoda.

5. El ídolo del «Dios justiciero»: la imagen de Dios que necesita purificación. Los textos complementarios hacen una afirmación audaz: muchos de los que hoy se dicen ateos rechazan en realidad un ídolo que se han fabricado — un «Dios anotador de méritos y pecados», un Dios justiciero y amenazador. Como decía el patriarca Máximos IV en el Concilio: «Yo tampoco creo en el dios en que los ateos no creen». La parábola de hoy es una interpelación directa a toda imagen empobrecida de Dios: Él no hará injusticia a nadie, pero puede regalar su salvación incluso a los que, según nuestros cálculos, no se la han ganado. Dejarle a Dios ser Dios es el primer acto de fe auténtico.

6. La economía de la gratuidad: implicaciones sociales de la parábola. Los textos complementarios señalan con valentía que la parábola tiene implicaciones que van más allá de la espiritualidad individual: la «economía divina» que privilegia a los últimos y responde a la necesidad de cada uno es una crítica directa a una economía humana que privilegia a los privilegiados y hunde más a los ya hundidos. El Evangelio no es una doctrina social más, pero sí es «norma de sabiduría y criterio determinante de humanidad» ante los desequilibrios económicos escandalosos de nuestro mundo.

Interpelación sobre la imagen de Dios: ¿En qué Dios creemos realmente? ¿En el Dios anotador de méritos o en el Dios de bondad insondable revelado por Jesús? ¿Toleramos que Dios sea más bueno que nosotros? Implicaciones sociales y económicas de la lógica del Reino.

Los jornaleros de la primera hora hicieron los cálculos perfectamente. Trabajaron más. Merecían más. Y Dios no funciona así. No porque sea injusto — pagó a todos lo pactado — sino porque su corazón es más grande que la justicia distributiva. Responde a la necesidad, no al rendimiento. Da pan a quien lo necesita, no solo a quien lo ganó. Y cuando nosotros protestamos — porque nos incomoda que los últimos reciban igual que nosotros — nos hace la pregunta que nos atrapa: «¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?» La única respuesta honesta es el silencio. Y desde ese silencio, aprender a dejarle a Dios ser Dios.

El texto nos interpela en tres niveles.

A nivel espiritual personal: ¿qué imagen de Dios habito realmente? ¿El Dios anotador de méritos que premia según el rendimiento, o el Dios de bondad insondable que da su denario a quien lo necesita? La respuesta honesta determina si vivo la fe con libertad y alegría o con ansiedad y cálculo.

A nivel comunitario: ¿llevamos contabilidad de nuestros servicios a la Iglesia, de nuestras «horas extra» para Dios? ¿Sentimos disgusto cuando otros reciben reconocimiento o protagonismo que nosotros creemos merecer más? La actitud de los jornaleros de la primera hora es una tentación permanente en toda comunidad religiosa: la del mérito acumulado que se convierte en derecho exigible.

A nivel profético: la parábola cuestiona directamente una economía que solo da a quien produce más. El dueño de la viña da un denario a los de la última hora no porque se lo hayan ganado sino porque su familia necesita cenar. La necesidad — no el rendimiento — es el criterio de la lógica del Reino. Esta lógica tiene consecuencias políticas y económicas que los creyentes no pueden ignorar.

Era otoño en Galilea y empezaba la vendimia. En la plaza del pueblo había hombres esperando — jornaleros sin tierra propia, que dependían de que alguien los contratara para comer ese día.

Isaías lo había anunciado siglos antes: «Buscad al Señor mientras se le puede encontrar. El malvado abandone su camino. Porque sus pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son sus caminos». Una advertencia que suena a misterio y que ese día iba a hacerse parábola.

Salió el dueño de la viña a primera hora — a las seis de la mañana — y contrató a los que encontró, pactando con ellos un denario por la jornada. A las nueve salió de nuevo y contrató más. Al mediodía, otra vez. A las tres. Y a las cinco de la

tarde — cuando faltaba solo una hora para terminar — vio a unos que seguían en la plaza y les preguntó: «¿Por qué estáis aquí todo el día sin hacer nada?» «Porque nadie nos ha contratado», respondieron. Y los mandó también a su viña.

Al caer la tarde llegó el momento del pago. El encargado empezó por los últimos — los de la última hora — y les dio un denario. Los primeros, al ver eso, calcularon: «A ellos un denario, a nosotros que hemos trabajado todo el día con el calor... nos darán más». Pero les dio también a ellos un denario. Y protestaron:

«Estos últimos solo han trabajado una hora, y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor».

La respuesta del dueño es una de las más hermosas del evangelio:

«Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No quedamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Yo quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiero con lo mío? ¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?»

Aquí está todo. No es una lección de economía laboral — el dueño cumplió lo pactado con todos. Es la revelación de cómo funciona el corazón de Dios. No da a cada uno según lo que produjo, sino según lo que necesita. Un denario — el salario de un día — era exactamente lo que una familia campesina de Galilea necesitaba para cenar esa noche. Los de la última hora tenían familia también. Tenían hambre también. Y el dueño salió a buscarlos cinco veces a lo largo del día porque no quería que nadie se quedara sin trabajo, sin pan, sin dignidad.

Esta es la lógica de Dios. Y nosotros la encontramos escandalosa. Como encontramos escandaloso que Jesús coma con publicanos y pecadores. Como encontró escandaloso el hermano mayor que su padre matara el ternero cebado por el que regresó. La envidia espiritual — el disgusto ante la bondad de Dios con los que «no se lo merecen» — es una de las tentaciones más profundas y más frecuentes de los que llevan mucho tiempo en la viña.

Pablo, desde la cárcel, muestra el antídoto. No sabe si va a morir o a ser liberado — y no le importa calcular cuál le conviene más. «Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia». Ni en la vida ni en la muerte lleva contabilidad de sus méritos. Ha dejado de pensar como jornalero y piensa como hijo. Y eso lo libera de toda ansiedad sobre la recompensa.

La pregunta que el dueño le hace al jornalero quejoso nos la hace Dios a cada uno de nosotros: «¿Vas a tener envidia porque yo soy bueno?» Y la única respuesta honesta es el silencio. Porque en el fondo sabemos que nosotros también recibimos el denario que no nos ganamos — el amor de Dios, el perdón, la vida, la fe. Somos también los de la última hora, los que nadie llamaba, a quienes el dueño salió a buscar por su propia iniciativa.

Isaías lo dijo: sus planes no son nuestros planes. Sus caminos no son nuestros caminos. Y eso, en vez de angustiarnos, debería llenarnos de alivio. Porque si Dios fuera como nosotros — calculador, justo solo en el sentido distributivo, dando a cada uno exactamente según sus méritos — muy pocos tendríamos motivos para la esperanza. Menos mal que Dios no es como nosotros. Menos mal que su bondad es insondable. Menos mal que el dueño de la viña sigue saliendo a última hora a buscar a los que nadie ha llamado.

Ahora ... qué haremos?

Purificar la imagen de Dios: del juez contable al Padre de bondad insondable

1

La primera y más urgente tarea espiritual es revisar la imagen de Dios que realmente habita en nuestra vida. ¿Es el Dios anotador de méritos y pecados, que retribuye exactamente según el rendimiento? ¿O es el Dios de Jesús, cuya bondad desborda todo cálculo y que da su salvación incluso a los de la última hora? Proponer en la comunidad una catequesis renovada sobre el rostro de Dios revelado por Jesús, apoyada en las parábolas de misericordia y en la experiencia de oración personal.

Detectar y combatir la envidia espiritual en la comunidad

2

La actitud de los jornaleros de la primera hora — el disgusto ante la bondad de Dios con otros — es una tentación real en toda comunidad religiosa: el sacerdote que siente que los laicos tienen demasiado protagonismo, el veterano que no acepta que los recién llegados tengan tanto peso, el «practicante» que no entiende que el

«alejado» sea acogido con tanta facilidad. Proponer un examen de conciencia comunitario sobre estas actitudes y cultivar la capacidad de alegrarse genuinamente del bien del otro.

3

Renunciar a la mentalidad del jornalero: vivir como hijos, no como empleados

Pablo es el modelo: «Para mí la vida es Cristo». No lleva contabilidad de sus horas, sus sacrificios, sus méritos. El cristiano que trabaja en la viña de Dios con mentalidad de jornalero — calculando lo que merece, exigiendo el reconocimiento proporcional a su esfuerzo — ha perdido de vista lo esencial. Proponer en la espiritualidad comunitaria el redescubrimiento de la filiación bautismal como motivación del servicio: servimos porque somos hijos, no para llegar a serlo.

4

Aplicar la lógica del denario: responder a la necesidad, no solo al mérito

El dueño de la viña da a los últimos no lo que se ganaron sino lo que necesitaban. Esta lógica tiene consecuencias pastorales concretas: ¿a quiénes llega nuestra acción comunitaria? ¿Solo a los que ya están comprometidos y «merecen» atención? ¿O también a los de la última hora, a los alejados, a los que nadie llama? Revisar la distribución de recursos y energías pastorales con este criterio: la necesidad, no el rendimiento.

5

Leer la parábola en clave social: la economía que necesita aprender del Evangelio

Los textos complementarios señalan que la lógica del dueño de la viña —que da a todos lo que necesitan para vivir— es una crítica directa a una economía que privilegia a los privilegiados. Proponer en la comunidad una reflexión sobre la Doctrina Social de la Iglesia a la luz de esta parábola: el salario justo, la dignidad del trabajador, la distribución equitativa de la riqueza. El Evangelio no es indiferente a la economía: es su crítica más radical y su inspiración más profunda.

6

Cultivar el silencio adorante ante el misterio de Dios: «Enséñame tus caminos»

Isaías invita a buscar al Señor y a reconocer que sus caminos superan los nuestros. La respuesta correcta ante la bondad insondable de Dios no es la explicación teológica sino el silencio adorante. Proponer en la comunidad momentos de oración contemplativa donde no se busca entender a Dios sino dejarse sorprender por Él. El Salmo 144 — «El Señor es bueno con todos» — rezado despacio, como lectio divina, puede ser un camino concreto de esta adoración que purifica la imagen de Dios y nos libera de nuestros esquemas mezquinos.